

solicitar con ellos por aquellos salones y patios el socorro de sus fieles amigos, á escitar la compasion de sus enemigos y á recordar el honor al soldado, eran por sí solas mas elocuentes que todos los discursos y las arengas mas sublimes. El rey decia medio entredientes algunas frases que apenas se entendian, y siempre las mismas: «¡Y bien, señores!... dicen que vienen á palacio... yo no sé lo que quieren... veremos... mi causa es la de la Constitucion y la de todos los buenos ciudadanos... Haremos nuestro deber, ¿no es así?...» Tal fué el estribillo que repetia sin cesar el rey en medio de un peligro tan inminente.

Estas palabras dichas y repetidas cien veces de trecho en trecho, no eran interrumpidas sino por alguna que otra exclamacion harto rara, y por el ruido de los fusiles al presentar las tropas las armas al pasar el rey por delante de ellas. Esto era lo suficiente para que se guardase moderacion y aun cierto respeto en aquellos sitios, pero no bastaba á la gravedad del momento. La reina, que seguia á su marido sin apartarse de él un instante, daba algun realce á aquellas palabras por su noble actitud, por el meneo altivo y gracioso á la vez de su cabeza y por la expresion de sus miradas. Ella hubiese querido poder inspirar su alma al rey, y sufría mucho por no serla dado revelar, sino con su actitud, con el carmin de su rostro y con su muda emocion, los sentimientos que su sexo la obligaba á tener ocultos en su seno. Notábase que lloraba interiormente, pero veíase tambien que el valor y la dignidad de que estaba dotada secaban sus lágrimas en cuanto querian saltar. Su respiracion era ahogada, y se veia palpar su seno. Sus facciones fatigadas y pálidas por el insomnio, estaban, sin embargo, sujetas á su voluntad y avivadas por la intrepidez de su alma; sus ojos parecian un relámpago continuado, dirigiéndose á todos cuantos la miraban; aquella fijeza vaga de su vista, si es permitido espresarse así, aquella mira-

da que imploraba, removía y desafiaba á la vez, según eran amigos ú hostiles los rostros á quienes se dirigía; la ansiedad con que buscaba en las fisonomías la impresion que habían hecho en los corazones las palabras del rey; su labio superior algun tanto remangado y trémulo, las ventanillas de su nariz mas abiertas aun que de ordinario por la emocion viva que sufría, la postura de su cabeza mas erguida cuanto mayor era el peligro, su paso triste y lento, sus brazos caidos, sus ademanes altivos, las señas aun recientes de aquella belleza que empezaban á marchitar los años y las desgracias, el recuerdo de las adoraciones que había recibido en aquellos mismos salones, en donde imploraba en vano el auxilio de algun brazo protector, aquellos rayos solares que penetrando en los aposentos ondulaban sobre su frente, tan vacilantes, cual la diadema que pocos momentos antes ceñía aun sus sienas, aquellas armas tan distintas, aquellas turbas, aquellas aclamaciones y aquel silencio triste, por medio del cual atravesaba con el abatimiento en el alma y el orgullo en el semblante: todo esto imprimía en su persona cierta magestad de valor, de dignidad y de tristeza, que igualaba á los ojos de los espectadores, á la solemnidad de la escena y á la grandeza del acontecimiento. Maria Antonieta era entonces la *Niobe* de la monarquía, era la estatua del trono, que aunque derribada de su pedestal, no se había manchado ni quedaba degradada con su caída. Jamás apareció ni fué tan reina como en aquel dia de funesto recuerdo!

## XII.

¡Si, fué reina á pesar de su pueblo y á despecho de la suerte! Su aspecto enterneció en lo interior de palacio á los guardias nacionales mas indecisos, y les obligó á



desenvainar los aceros. Guardias suizas, gendarmería, granaderos, voluntarios, caballeros, paisanos, pueblo, todas las armas, todos los puestos, todos los salones y todas las escaleras resonaron con igual entusiasmo al verla pasar por delante de ellos. Todas las miradas, todos los ademanes y todas las bocas la prometieron perder mil veces sus vidas por salvar la suya. La palidez de las grandes emociones estaba pintada en los rostros de todos. Las lágrimas corrían por las mejillas de los mas valerosos guerreros. Llena de seducción para la guardia nacional, de benévola dignidad para los guardias suizos, de gracia y de dulce abandono para sus amigos, fué, al pasar por entre las filas de los caballeros que estaban en la galería grande, el objeto de un culto caballeresco. Unos le pedían su mano para besarla, otros la suplicaban que se dignase tocar sus armas, estos arrojaban sus capas al suelo para que pasase por encima de ellas, aquellos mas familiares que todos los demas, cogían al delfín por el cuerpo y le levantaban por cima de todas aquellas cabezas como una bandera viva, por la cual juraban derramar hasta la última gota de su noble sangre.

Al ver este entusiasmo, entusiasmase tambien la reina, y cogiendo un par de pistolas que llevaba en el cinto Mr. Maillardez, comandante de los suizos, se las presenta al rey diciéndole: «Este es el momento de mostrarse rey, ó de perecer, rodeado de sus amigos!» El cogió las pistolas y las volvió á poner en el sitio de donde las habia sacado la reina; parecióle que el verle con aquellos instrumentos mortíferos le haria perder su popularidad, y que su mejor defensa á los ojos de los ciudadanos consistia en la inviolabilidad que le concedia la ley.

El rey, despues de haber visitado todos los puestos del interior de palacio acompañado de su familia, bajó al vestibulo de la escalera principal, é hizo subir á las habitaciones altas á la reina, á madama Isabel y á los ni-

ños, queriendo acabar solo la revista de las fuerzas situadas en la parte esterior. Temió que la reina, tan entusiasmada ante el pueblo, tuviese que sufrir algun nuevo ultraje ó que corriese tal vez algun riesgo personal al pasar por delante de los batallones.

## XIII.

Luis XVI se adelantó entonces hácia el Patio Real acompañado de Mrs. de Boissieu y de Menou, mariscales de campo, encargados del mando de las fuerzas que custodiaban el palacio, de Mrs. de Maillardoz y de Bachmann, gefes superiores de los suizos, de Mrs. de Lajard, antiguo ministro de la Guerra, de Mr. Dubouchage, ministro de Marina, y del príncipe de Poix-Noailles, antiguo capitán de guardias de Corps. El ruido de las banderas que hacian los honores, las voces de mando de los gefes, las aclamaciones de aquella porcion de realistas que se asomaban por las puertas, por las ventanas, y por los balcones del palacio, tirando al aires sombreros y gritando ¡Viva el rey! todo esto junto entusiasmó algun tanto á los batallones, de cuyas filas salió uno que otro grito de fidelidad. La reina, madama Isabel, las damas y los gentiles hombres de servicio lloraban de alegría al contemplar desde el balcón de la sala de los Guardias aquellas demostraciones. Esta fué inquieta y de corta duracion. Dos batallones dudosos entraron en los patios mientras el rey pasaba la revista. Silenciosos y taciturnos contrastaban extraordinariamente con los batallones adictos al monarca. Los artilleros, que tampoco habian tomado parte en el entusiasmo general, fueron á fraternizar con los batallones recién llegados. Mr. de Boissieu juzgó que la prudencia aconsejaba alejarlos de allí, y mandó que fuesen á tomar posicion lo mas lejos posible, sobre



la azotea que está al lado del Sena. Desfilaron por delante del rey en cuanto se les comunicó la orden del general, pero lo hicieron dando el grito de ¡Viva la nación!

Desde los patios pasó el rey al jardín. Los batallones realistas de los barrios de *Petits-Peres* y de los Hijos de Santo Tomás, formados en batalla á derecha é izquierda de la puerta principal en el terraplen de palacio, se cubrían con sus bayonetas, con su decision y con sus juramentos de fidelidad. Unos granaderos rodearon al rey y le suplicaron que fuese á pasar revista á sus camaradas que estaban colocados á la estremidad del jardín en el puente levadizo, para sostener aquel punto tan interesante. Luis XVI se arriesgó á ir hasta allí, á pesar de las observaciones que le hicieron prudentemente algunas de las personas de su séquito, temerosas de que fuese atacado en el camino por los batallones de las picas, que estaban formados en la azotea que está á orillas del río.

La régia comitiva, á pesar de su corto número, atravesó el jardín en toda su longitud sin el menor contratiempo. Los granaderos del puente levadizo se manifestaron llenos de decision y de energía; mas la guardia nacional, así como el resto de la Francia estaba dividida en dos bandos. Apenas se hubo apartado el rey del puente levadizo para volverse á palacio, cuando los batallones de las picas, los del arrabal de San Marcelo y los dos que habían entrado en el patio cuando el monarca estaba pasando la revista, como ya hemos dicho antes, prorumpieron á una voz en insultos y amenazas contra la corte. Este infernal bullicio llegó muy pronto á los cuartos de las Tullerías. La reina, que estaba sentada en el del rey, reposando un poco de tantas fatigas, rodeada de sus hijos, de su cuñada, de los ministros y de Roderer se sobresaltó al oír aquel alboroto. Uno de los ministros corrió precipitadamente á una ventana á ver qué era aquello, y la reina le siguió con gran velocidad. El

ministro la hizo apartarse respetuosamente, cerrando la ventana para que no pudiese ver los ademanes insultantes y las furiosas amenazas que dirigian al rey, aquellos hombres. «¡Gran Dios, dijo la reina, están asesinando al rey! ¡Estamos perdidos!» En seguida volvió á caer en el mayor abatimiento entre estas alternativas de vida y muerte.

El rey volvió entonces estropeado, cubierto de sudor, con la desesperacion en el alma y el rubor en el rostro. Durante todo el tránsito desde el puente levadizo á las Tullerías había bebido hasta las heces la copa de la desesperacion y de la ignominia. Luis había visto blandir á lo lejos contra su persona los sables, las picas y las bayonetas que estaban reunidas allí para defenderla. Había visto igualmente los puños cerrados en señal de amenaza, los gestos que significaban á las claras el degüello, había oído los apóstrofes cinicos, y había presenciado los accesos de rabia de algunos de aquellos furiosos que se esforzaban por bajar desde el terraplen al jardín para echarse sobre el rey y su débil escolta, y que contentos á duras penas por sus mismos camaradas, desahogaban su rabia contra el monarca siguiéndole desde arriba y homitando maldiciones, hasta que éste hubo atravesado los umbrales de las puertas de palacio. Un hombre vestido de guardia nacional y de un aspecto siniestro seguia todos los pasos del rey, y á cada instante buscaba algo debajo del uniforme, que sin duda seria un puñal; pero como la escolta que llevaba Luis, aunque era insignificante para salvarle si le hubiera acometido la multitud, era imponente para un hombre solo por valiente y determinado que fuese, éste no se atrevió á llevar á cabo el regicidio, si es que lo intentaba. Además, un granadero marchó constantemente entre el rey y el presunto asesino, observando hasta sus mas indiferentes movimientos. Este leal vasallo, al volver á su puesto despues de haber dejado al rey en salvo, se desmayó ab



considerar la horrorosa escena que habia estado espuesto á presenciar.

Apenas Luis XVI entró en palacio, cuando los dos batallones que estaban situados á la orilla del rio, salieron de allí por la verja del Puente Real con su artillería, y fueron á formarse en batalla en el muelle para aguardar á los marseleses, y reunidos á estos, atacar el palacio. Otros dos batallones se desbandaron en el Patio Real y se volvieron al Carrousel para aguardar á los otros que no habian llegado aun, y para hacer que les siguiesen en su defeccion. Una multitud inmensa de pueblo, de federados de Brest y de insurrectos de los arrabales se apurpó en la plaza alrededor de estos batallones.

## XIV.

Eran ya las siete de la mañana, y el toque de rebato que habia empezado la noche anterior no habia cesado aun. Desde la hora en que el pueblo acostumbra levantarse, las calles que habian estado desiertas hasta entonces se llenaron de un gentío inmenso. Aquellas masas populares aguardaban inmóviles la llegada de los batallones de sus respectivos barrios para unirse con ellos. Apenas se notaba un poco de movimiento en ellas, y no solamente hacia el Louvre y el Puente Real, ó en las calles que desembocan desde los arrabales de San Antonio y San Marcelo al centro de París. Los dos focos principales del movimiento eran la casa de la ciudad, donde estaban Santerre y Westermann, y el antiguo edificio de los Franciscanos, donde estaba el club de este nombre y en donde habian sido alojados los marseleses.

Los Franciscanos eran, con su club y su cuartel en el barrio de San Marcelo y en la orilla izquierda del Se-

na, lo que la casa de ayuntamiento respecto al arrabal de San Antonio, y á la orilla derecha del mismo rio; es decir, el corazón y los brazos de la insurreccion. A media noche, Danton, Camilo Desmoullins, Fabre de Englantine, Carra, Rebecqui, Barbaroux y todos los principales agentes del club, se habian constituido en seccion permanente. Danton, orador de los Franciscanos, y al mismo tiempo el hombre de Estado del pueblo, habia mandado que se permitiese la entrada en la sala de sesiones á los marseleses. «¡A las armas! les habia dicho. Ya ois el toque de las campanas, de esa voz sonora del pueblo. Esta os ha llamado á socorrer á vuestros hermanos de París! ¡Vosotros habeis acudido desde los puntos mas lejanos del imperio para defender la cabeza de la nacion amenazada en la capital, por las conspiraciones del despotismo! ¡Ojalá anuncie este toque la hora postrera de los tronos, y la primera de la venganza y de la libertad del pueblo! ¡A las armas, y esto marchará! (za irá.)»

Apenas habia pronunciado Danton estas últimas palabras, cuando la cancion patriótica de este nombre resonó á una voz, bajo las bóvedas de los Franciscanos. Carra, Fabre de Englantine, Rebecqui, Barbaroux y Fournier el americano, habian pasado la noche organizando á los marseleses y reuniendo en torno suyo á los federados de Brest. Otra porcion de federados de distintos puntos se habian unido á aquella columna, colocándose á la cabeza de ella, y todos juntos habian formado un verdadero y formidable campamento revolucionario en los patios y en los demas cuerpos del edificio de los Franciscanos. Los artilleros de Brest y de Marsella se habian acostado al lado de las piezas con las mechas encendidas. Danton se habia retirado de aquellos sitios, mal seguro aun del éxito del combate. Mientras se le creia ocupado en anudar en algún misterioso conciliábulo los últimos hilos de la conjuracion, se hallaba él en el hogar doméstico, en donde se habia acostado vestido



pára descaezar el sueño, en tanto que su muger estaba llorando al lado del lecho conyugal. Este hombre, despues de haber concebido el plan de la conspiracion, y dádole impulso, habia dejado la parte de accion á los hombres capaces de llevarla á cabo; y la suerte del pensamiento á la cobardía ó al vigor del pueblo. Esto no lo hacia porque el péligro le intimidase, sino por el profundo conocimiento teórico que tenia de las revoluciones. Danton sabia bien la filosofia de las tempestades, y estaba convencido de que una vez formadas es imposible dirígrilas, y de que en las conmociones populares lo mismo que en las batallas, hay ciertas casualidades contra las cuales no puede hacer el hombre prudente sino echarse á dormir aguardando el desenlace, tal como la suerte lo prepare.

## LIBRO VEINTE Y DOS.

Los insurrectos emprenden su marcha. — Westermann se apodera del mando de la vanguardia. — Disposiciones que toma. — Sus antecedentes. — Roederer convence al rey de que debe trasladarse al seno de la Asamblea. — Decídese el rey á hacerlo. — Salida del rey de palacio. — Su paso por el jardin. — Aspecto de la Asamblea. — Palabras del rey. — Respuesta del presidente (Vergniaud). — El rey y su familia en la tribuna del logografo. — Respuesta del pintor David al rey. — Arresto de Suleau y de otros realistas. — Asesinato de estos. — Emocion de la Asamblea. — Los marseleses vuelven á atacar las Tuilerías. — Defensa y matanza general de los suizos. — El pueblo saquea el palacio. — Deguellos. — Mres. de Virien, de Lamartine y de Viomemí. — El jóven Carlos de Antichamp. — El vizconde de Broves. — Las damas de honor y demas mugeres de la servidumbre de la reina. — Mres. Sallas, Marchais y Diet. — Asesinato de Mr. de Clermont-Tonnerre. — Westermann en casa de Danton.

Apenas hubo Santerre tomado las últimas disposiciones con los comisarios de las secciones, quando emprendió su marcha por el muelle enviando á decir á los marseleses, que el Puente Nuevo seria el punto de reunion de las dos columnas. Estas dos columnas, al son de las cajas de guerra, y de las canciones patrióticas, se confundieron en el mayor desorden en la plaza del Louvre, é introduaron el Carrousel sin hallar en él el menor obstáculo. Un hombre montado en un caballo negro les precedía. En cuanto llegó á los postigos del Carrousel, se